



V Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres, 15 al 31-octubre-2013

**V CONGRESO VIRTUAL SOBRE
HISTORIA DE LAS MUJERES.
(DEL 15 AL 31 DE OCTUBRE DEL 2013)**



**Historia de las mujeres, género y crítica. Algunas notas marginales a
(partir de) Joan W. Scott**

Antonio Tudela Sancho

HISTORIA DE LAS MUJERES, GÉNERO Y CRÍTICA.
ALGUNAS NOTAS MARGINALES A (PARTIR DE) JOAN W. SCOTT

Antonio Tudela Sancho *

En mi campo, la historia, hay demasiados libros que asumen que el significado de «mujer» está dado: lo que las mujeres tienen físicamente en común es un sinónimo de la entidad colectiva designada como «mujeres».

Joan Wallach Scott (2010)

Preámbulo: la historia de las mujeres, la ciencia y la política

El presente ensayo, con el que quisiéramos contribuir mínima y muy modestamente al desarrollo del V Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres, parte de una serie de reflexiones e inquietudes que, lejos de cristalizar en una posición o una propuesta ultimada, ha de mostrar desde un primer momento su carácter de trabajo en curso, de pensamiento problemático al tiempo que problematizado por su referencia a y dependencia de cuestiones de difícil trazado y abordaje. No quisiéramos justificar con palabras tan torpes el carácter inmaduro de las líneas siguientes, sino más bien lo contrario: afirmar tal circunstancia de *work in*

* Licenciado y Doctor en Filosofía por la Universidad de Murcia, Máster (Propio) en Ciencia Jurídica: Teoría, Historia y Comparación y Máster (Propio) en Género, Feminismos y Ciudadanía, ambos por la Universidad Internacional de Andalucía. Profesor del Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad de Granada. Integrante del Programa de Estudios Avanzados en Prácticas Críticas «Somateca 2013. Vivir y resistir en la condición neoliberal», del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía (Madrid). Correo electrónico: <atudela@ugr.es>.

progress para limar asperezas o, en todo caso, evitar los posibles malentendidos que la incomodidad propia de nuestra escritura —pues todo actuar en el seno de una operación en curso no puede sino resultar incómodo— pueda propiciar. Sirva como simple ejemplo para esclarecer el oscuro camino por el que (no se diría que) progresa este primer y ya dilatado párrafo la propia justificación del Congreso, que tan amable como entusiastamente nos emplaza. Sus fines —si se nos permite con todo respeto parafrasear las primeras líneas de la convocatoria— consisten en arrojar luz sobre la función desempeñada por las mujeres en la historia, aportando visibilidad y protagonismo a una realidad a menudo sofocada, ocultada o simplemente olvidada. Ahora bien, manteniendo como sujeto dicha «función de las mujeres en la Historia», ¿quién o qué aportaría sobre tal función luz y —lo que no deja de resultar inquietante— quién o qué se ha empeñado hasta el presente en ocultarla, arrumbarla o, por insistir en la clásica metáfora, extender sobre ella la oscuridad y las sombras? La respuesta es obvia: la ciencia en ambos casos. La historiografía (la ciencia, la comunidad científica) resulta culpable del cargo de obviar la función de las mujeres en el pasado, o cuando menos de reducirlo a términos anecdóticos y secundarios, y por tanto es a la historiografía también, a la ciencia, a la comunidad científica, a la que le corresponde enmendar y corregir el agravio, obviamente que por el preciso intermedio de quienes la hacemos mediante un claro compromiso con la mayor objetividad posible. Justa reparación o (auto)corrección científica que viene posibilitando desde hace unas décadas la aparición de «nuevas tendencias historiográficas»: la historia social, la historia colectiva, el estudio de las ideas y de las mentalidades, la nueva historia, etc. La justificación que resumimos se cierra con unas frases tras cuya aparente neutralidad nosotros vemos —nos permitimos ver— todo un conflicto:

Los estudios de género han abierto nuevas líneas de investigación. En este sentido, las nuevas tendencias han cambiado la imagen de las mujeres como sujeto pasivo en la Historia, que hoy se debe escribir en clave de mujeres y hombres, porque sin las mujeres no se puede entender la sociedad del pasado.

En fin, dada la amable invitación de la Asociación de Amigos del Archivo Histórico Diocesano, entidad convocante del Congreso, al estudio y la reflexión en

torno a la historia de las mujeres, definida en los términos señalados por la convocatoria, creemos necesario plantear una serie de cuestiones de método, epistemológicas, previas —por decirlo de algún modo— al estudio mismo a que se nos convoca: ¿qué significa una afirmación como ésta: «sin las mujeres no se puede entender la sociedad del pasado»?; ¿qué relación guardan entre sí la historia de las mujeres y los estudios de género?; ¿qué hemos de entender por «género» en este contexto?; ¿qué falta —si algo falta, conforme a nuestra intuición— entre el olvido de las mujeres, o su concepción por la vieja historiografía como «sujeto pasivo de la Historia», y ese voluntarioso deber actual de «escribir [la Historia] en clave de mujeres y hombres?

Para vertebrar el debate apenas apuntado, pensamos que puede ser de utilidad presentar este ensayo como una serie de notas marginales de lectura (marginales en tanto que reivindicarían siempre una adscripción a las márgenes, entendidas como parte y afuera del texto, como coyuntura posible del respeto a lo escrito y la heterodoxia interpretativa) de ciertos escritos de la conocida historiadora estadounidense Joan Wallach Scott. Se trata, por supuesto, de uno entre muchos caminos adecuados para introducirnos en el tema que nos interesa —y que ya anunciamos antes como un conflicto—, aunque lo que nos decide a seguirlo es, junto a la claridad, concisión y rigor expositivo con que Joan Scott sintetiza las distintas etapas de la historia del movimiento feminista a lo largo de la segunda mitad del siglo XX (con un admirable modo de hacer historia de la historia de las mujeres), la insistencia con que ha propuesto dos líneas de trabajo a nuestro parecer fundamentales: por un lado, la apuesta por el concepto de «género» como una categoría útil para el análisis historiográfico, y por otro el compromiso que establece entre la historia de las mujeres y la crítica política. De hecho, ambas líneas se conjugan perfectamente: la utilidad del concepto de «género» no es otra que la que le da su virtualidad, su potencial crítico (dejando, como veremos, de ser útil en todos aquellos juegos, científicos o no, que tienden a una fijación o a una reapropiación semántica del término, neutralizándolo en términos políticos), por lo que la historia de las mujeres o los estudios de género suponen siempre un horizonte subversivo, *tienen que* suponer una perspectiva revolucionaria o de rebeldía, si no queremos estar arropando bajo tales etiquetas más o menos novedosas muchas otras cosas (viejas).

Dado el carácter del tipo de comunicación y de evento que nos sirve de marco general, el presente ensayo no puede pretender ofrecer una síntesis de los trabajos de Joan W. Scott, ni mucho menos entrar a glosar siquiera las distintas corrientes de pensamiento en que dicha autora cimenta su obra, comenzando por el posestructuralismo y las corrientes feministas más proclives a una relectura de lo más fecundo del psicoanálisis y la teoría lingüística. En nuestras notas a Scott y a partir de Scott tendremos, inevitablemente, que dejar como supuestos muchos planteamientos, demasiados tal vez, confiando en que ello no dé lugar a malentendidos. El horizonte (subversivo, como acabamos de apuntar) puede, en principio, adoptar la forma de un amplio panorama en el que quizás alguien pueda ver reflejada su experiencia: la nuestra, obviamente personal, tiene que ver con la paciente asistencia a un ya notable número de cursos, charlas, conferencias y seminarios en los que, so pretexto del género, el feminismo y la historiografía que tiene en cuenta —o visibiliza, o rescata, o da protagonismo— a las mujeres, nos hemos cansado de escuchar los mismos clichés y las mismas anécdotas, tanto como los mismos nombres propios ensalzados al margen de un apropiado contexto crítico (pongamos por caso, las alabanzas de determinada gran mujer medieval, por lo general vinculada a una alta casa aristocrática, o la voluntarista puesta en valor de determinados esfuerzos colectivos femeninos, rescatados del tradicional arrinconamiento en lo anodino). Por señalarlo a la manera en que lo hace Joan W. Scott, no basta con declarar bienintencionadamente que el género es una cuestión política: la historia de las mujeres, en tanto que historia feminista, no puede consistir en «el recuento de las grandes obras llevadas a cabo por las mujeres», por más dignos de recuerdo que sean los nombres propios, los esfuerzos colectivos, las hazañas o los sufrimientos, sino en la puesta al descubierto de las «tan a menudo silenciadas y ocultadas operaciones del género», operaciones que desde siempre —e incluso en la actualidad, con fuerza apenas rebatida— sirven para conformar una determinada deriva de nuestras sociedades. «La historia de las mujeres debe enfrentarse críticamente a la política de las historias existentes, y así [y sólo así, añadiríamos con deseo taxativo por nuestra cuenta] empieza inevitablemente la reescritura de la historia.»¹ Porque de esto es de lo que se trata,

¹ Joan Wallach Scott, *Género e historia (Gender and the Politics of History, 1999)*, trad. de Consol Vilà I. Boadas, Cap. I: «La historia de las mujeres» («Women in History: The Modern Period», 1983), Fondo de Cultura Económica / Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2008, p. 47.

¿no?, de la (im)posible tarea de reescribir la historia... ¿o habrá quien piense que la cuestión estriba y se colma en una suerte de «complementación» de la historia existente, como si se tratara de repletar el hueco dejado por una «falta» o de añadir un anexo (anexo y falta que se referirán siempre a la «media humanidad» ocultada, olvidada o sometida al silencio)?

El género en cuestión, cuestión de género

Dos artículos de la extensa producción intelectual de Joan W. Scott resultan imprescindibles para comprender el papel que desempeña conforme a nuestra autora el concepto de «género» en las diversas formas de hacer historia de las mujeres: por un lado, el ya clásico «El género: una categoría útil para el análisis histórico», texto preparado para su presentación en la reunión de la American Historical Association del 27 de diciembre de 1985 en Nueva York y publicado un año después²; y por otra parte, el más reciente y no menos fundamental: «Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?», cuyo original en inglés apareció en febrero de 2010³. Evidentemente, muchas cosas (se) han sucedido entre el texto de 1986 y el de 2010. Ese cuarto de siglo turbulento para la semántica y el uso del término «género» queda patente en lo que a simple vista difiere del título del primer artículo al título del segundo: además de la pérdida del adjetivo «historical» que afinaba a mediados de los años ochenta el sustantivo «analysis», mediante la introducción de un adverbio la frase original se modula y mide ahora con los distintos tonos del tiempo transcurrido, variación cauta y reflexiva sobre la que incide la nueva entonación interrogativa. En 1986, Scott tenía motivos para aseverar con firmeza que el género era una categoría útil para el análisis histórico. Un cuarto de siglo después, la profesora de Princeton sigue teniendo los mismos motivos (veremos que no ha dejado de creer en ellos), pero la situación, la época,

² Joan Wallach Scott, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», en la *American Historical Review*, nº. 91, 1986, pp. 1053-1075. Trad. de Eugenio y Marta Portela: «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en James Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Edicions Alfons el Magnànim / Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, Valencia, 1990, pp. 23-56.

³ Joan Wallach Scott, «Gender: Still a Useful Category of Analysis?», en la revista *Diogenes*, vol. 57, nº. 1, febrero 2010, pp. 7-14. Trad. de Gabriela Castellanos: «Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?», en la revista *La manzana de la discordia*, vol. 6, nº. 1, enero-junio 2011, pp. 95-101.

los usos y la consideración del concepto han cambiado, y el debate ha de recomenzar desde la base misma: interrogándose acerca de si el género hoy, aquí y ahora, sigue resultando una categoría de utilidad para el análisis... histórico, por supuesto, pero «no sólo», porque los usos del término han excedido en el ínterin el marco estricto de la academia, para extenderse como un indomable rizoma por una multitud de territorios vitales. El análisis histórico, que nunca dejó de ser para Scott terreno político, se ha vuelto simplemente *análisis*: puro campo de lo político. El concepto de género, lejos de ser ya una novedad, ha logrado —para bien y para mal— sesgos y cotas epocales, de pretenderse simple aunque filoso instrumento para el estudio histórico se ha vuelto en el tiempo de unas décadas objeto mismo de dicho estudio. Esclarezcamos este punto, en la medida de lo posible.

Como resulta sabido, Joan W. Scott no «inventa» el término ni el concepto de género. Que tampoco estaba «ahí» desde la noche de los tiempos, como algo dado «naturalmente». Hacer un poco de historia revela que su origen, más o menos inscrito en los inicios de la segunda mitad del siglo XX, ni siquiera puede vincularse a las derivas y saberes del viejo movimiento feminista. Muy al contrario, se trata de una elaboración teórica de la comunidad médica encargada por aquel entonces de los individuos recién nacidos bajo el marchamo tradicional del «hermafroditismo» o, como vendría desde entonces a denominarse, la «intersexualidad»; fueron los técnicos interesados en el «tratamiento» hormonal y quirúrgico de la intersexualidad, los médicos interesados en los protocolos de la reasignación del sexo, los primeros en hablar del llamado «rol de género»⁴. Tanto el «problema» al que los médicos se enfrentaban como la «solución» que precisaban para resolverlo eran cuestiones estrictas de la técnica médica: simplemente, se trataba de (re)asignar un «sexo» a un cuerpo nacido con una ambigüedad sexual. Cuerpo que no por tal ambigüedad carecería de sexo —pues todo cuerpo estaría sexuado—, sino que precisaría de una intervención capaz de resolver un mal funcionamiento congénito del proceso fisio-anatómico de la sexuación: a un cuerpo nacido sin una identidad sexual identificable (en principio, a simple vista) como «macho» o «hembra», un cuerpo colgado en el *entre* de los sexos, intersexo, habría que

⁴ Cfr. Elsa Dorlin, *Sexo, género y sexualidades. Introducción a la teoría feminista*, trad. de Víctor Goldstein, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2009. Seguimos aquí el capítulo dedicado a «La historicidad del sexo», pp. 31 y ss., que presenta una excelente síntesis del surgimiento y la historia del concepto de género.

asignarle «no un sexo (ya tienen uno), sino el *buen sexo*»⁵, un aparato genital y en definitiva un comportamiento sexual adecuado, «normal», si por esto entendemos que normalizado igualmente en un universo semántico binario, caracterizado por dos sexos antagónicos y complementarios, dos únicos sexos perfectamente separados y relacionados entre sí conforme a las leyes de la heterosexualidad⁶. Se deberá (1952) al médico especialista en intersexualidad John Money la idea de que la orientación sexual (diferenciada del sexo mismo) carece de un fundamento innato, y al psiquiatra Robert Stoller (quien funda en 1954 la Gender Identity Research Clinic) la rápida popularización del término «género»: la distinción entre el sexo biológico (siempre hombre/o/mujer) y la identidad sexual (el percibirse o sentirse hombre/o/mujer y comportarse en consecuencia) adquirirá desde 1968 los ropajes terminológicos binarios y separados (pudiendo coincidir tanto como enfrentarse en su concreción individual) de «sexo» y «género». Pero será en 1972, a partir de la obra de la socióloga británica Ann Oakley *Sex, Gender and Society*, cuando la distinción entre «sexo» y «género» dé lugar a la enriquecedora deriva del concepto de género en la teoría feminista: como señala Elsa Dorlin, Oakley recoge los trabajos de Money y Stoller para radicalizarlos⁷. Los roles sexuales, los comportamientos, preferencias, identidades, valores y representaciones simbólicas de los individuos adquirirán una absoluta independencia con respecto al sexo biológico (ya se entienda éste como estructura anatómica, hormonal o, más recientemente, cromosómica). Frente a la biología, las ciencias sociales, frente a la aparentemente, «naturalmente», dada distinción biológica del sexo, la arbitrariedad

⁵ Ídem, p. 31.

⁶ No entraremos aquí ni siquiera en la cuestión de cómo se establece esta separación de los sexos en el mundo moderno (o cuando menos, en un tiempo no tan lejano como suele creerse), ni de cómo tal concepción binaria entronca con y sirve a los ideales burgueses occidentales, cristalizados en torno a la familia y la nación, cuya reproducción hace del cuerpo de la mujer y más en concreto de su útero no un asunto privado sino una verdadera razón de estado —hasta hoy mismo: baste con atender al debate actualmente abierto sobre las disposiciones legales del aborto—. Por citar tan sólo dos obras dispares en sus análisis y propósitos, ambas esclarecedoras por muy distintas razones y caminos, cfr. la imprescindible investigación histórica en torno al «descubrimiento» moderno de los dos sexos de Thomas Laqueur, *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, trad. de Eugenio Portela, Cátedra, Madrid, 1994, y el siempre clásico de la fundación del concepto de lo «heterosexual» como opuesto al «instinto sexual patológico», debido a Richard von Krafft-Ebing, *Étude médico-légale. Psychopathia Sexualis. Avec recherches spéciales sur l'inversion sexuelle*, trad. al francés de Émile Laurent y Sigismond Csapo, Éd. Georges Carré, París, 1895, versión en imagen facsimilar a través del recurso «Gallica. Bibliothèque Numérique» de la Bibliothèque Nationale de France (BNF): [<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k76843b>], consultado el 20 de julio de 2013.

⁷ Cfr. Elsa Dorlin, *op. cit.*, p. 35.

y la construcción sociocultural del género. La distinción entre sexo y género sirvió para romper con la comúnmente supuesta relación de causalidad que partía de la diferencia dada de los cuerpos sexuados para recalar en —y justificar— las relaciones sociales desiguales entre hombres y mujeres.

Ahora bien, de aquí parte también el problema que acompaña a la adopción categorial del llamado «sistema sexo-género», en primer lugar por el movimiento feminista y, en un momento ulterior, por buena parte de la sociedad, lo que hasta hace poco se venía denominando bienintencionadamente la «ciudadanía», consistiría en el permanente bordear —por decirlo muy rápidamente y a grandes rasgos— cierto olvido del carácter crítico, de la función removedora e incluso asoladora, desoladora (en la doble acepción destructiva tanto como de conmoción del suelo, del solar siempre supuesto bajo nuestros pies), inherente a la incorporación al léxico feminista del concepto de género. Y tal olvido pasa por una re-naturalización del término que le da especularmente cuerpo, el «sexo». Para muchos, esto será una experiencia casi banal, si no cotidiana sí frecuente: quien escribe se ha visto en alguna ocasión, pongamos que la de algún taller o seminario inscrito bajo la advocación del «género», solo o casi cuando se ha realizado la típica encuesta (acerca de la realidad o la naturalidad que opera en la trastienda de un término frente a la que opera tras el otro), contestada no sólo desde la opinión de que el «género» es siempre relativo, un constructo de cada época, sociedad y cultura (algo en lo que solemos estar mayoritariamente de acuerdo, en lo que incluso encontramos la aquiescencia de sectores conservadores, por decirlo muy rápidamente), sino desde la convicción de que también el «sexo» lo es (y aquí es donde se borra la aquiescencia y el acuerdo, no ya con gente conservadora —que en realidad nunca acude a los talleres de que hablamos— sino con quienes abogan por remover realidades, modos de vida y conciencia... desde las filas de la izquierda a cualquier progresía hasta las de los militantes de nuevas masculinidades surge la eterna cantinela: es innegable además de evidente la posesión o no de barba, de este o aquel apéndice colgandero, de esta o aquella cadena cromosómica...). En el ámbito teórico siempre hubo críticas a la naturalización solapada del sexo oculta en la estandarización popular del género, desde la de Colette Guillaumin en 1984:

La introducción del género en las ciencias humanas responde a una política: presentar los rasgos de género como simbólicos o arbitrarios, dejando al sexo anatómico el papel de real insoslayable. Los precedentes de este tipo de operaciones (como la tentativa de reemplazo de «raza» por «etnia») indican por lo menos su ambigüedad.⁸

Hasta la para nuestro gusto (casi) definitiva de Beatriz Preciado, en 2008:

Es curioso que cuando el feminismo de los años setenta retoma la noción de género para hacer de ella un instrumento de análisis crítico de la opresión de las mujeres, esta dimensión de producción técnica se perderá en beneficio de un constructivismo cultural *light*. El género aparecerá de forma progresiva, en los textos iniciáticos de Margaret Mead, Mary MacIntosh o Ann Oakley⁹, como la «construcción social y cultural de la diferencia sexual», generando dos escollos residuales cuyos desastrosos efectos siguen presentes en las actuales «políticas de género» de carácter estatal o europeo: el sexo, entendido biológicamente no está sujeto a construcción cultural, mientras que el género enuncia, especialmente, la diferencia social, cultural y política de las mujeres en una sociedad y un momento histórico determinado. No es extraño que sea este el contexto que lleve al feminismo al callejón sin salida de los debates esencialismo/constructivismo, donde se afianzarán políticas estatales capaces de recuperar la retórica feminista como parte de un programa más amplio de control social.¹⁰

En tal sentido, habría que situar a Joan W. Scott junto a otras teóricas como Teresa de Lauretis, Judith Butler, Denise Riley o Donna Haraway, cuyos trabajos han tenido desde inicios de los años ochenta como objeto el examen del marco epistemológico operante en los discursos feministas, con el bagaje intelectual del giro lingüístico y las investigaciones postestructuralistas. Sin embargo, tal ataque a la idea de construcción cultural basada en la distinción entre las nociones de sexo y de género, adscrita la primera al campo de la biología y la segunda al de la cultura y la sociedad, no impidieron que se difuminaran las líneas entre ambas en el uso popular, como bien ha señalado la propia Scott¹¹.

Y este es el punto en que la historiadora estadounidense reconoce el paso

⁸ Citado —a partir de otra cita, curiosamente, por lo que la nuestra se elevará a la cuarta potencia— por Elsa Dorlin, *op. cit.*, p. 36.

⁹ Y aquí, justamente, la referencia de Beatriz Preciado al texto fundacional, en aquel lejano 1972, de Oakley que antes mencionábamos: *Sex, Gender and Society*. [Nota del autor, en sustitución de la de Preciado.]

¹⁰ Beatriz Preciado, *Testo Yonqui*, Espasa Calpe, Madrid, 2008, p. 82.

¹¹ Cfr. Joan Wallach Scott, «Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?», *op. cit.*, p. 95.

del tiempo —mejor dicho: los efectos del mismo— que media entre sus tesis afirmativas sobre la utilidad de la categoría de género en 1986 y su vuelta interrogativa sobre la misma cuestión (cuestión del género tanto como cuestión de su utilidad categorial) en 2010. A mediados de los años ochenta, compartiendo un criterio común a otras autoras feministas del momento, Scott creía en la imposibilidad de que el término «género» pudiera ser controlado por la «policía lingüística»¹² encarnada en los cuerpos docentes o las academias, imposibilidad radical a la vez que radicada en la historicidad misma de los conceptos: «Quienes quisieran codificar los significados de las palabras librarían una batalla perdida, porque las palabras, como las ideas y las cosas que están destinadas a significar, tienen historia»¹³. Transcurrida ya una década del siglo XXI, las cosas —esas muchas «cosas» que en el intervalo han sucedido— requieren si no el matiz sí bastante cautela a la hora de reencauzar la cuestión. El uso popular ha borrado, desde luego, las diferencias entre género y sexo, reduciéndose en la cultura (post)pop el género a una forma cortés de referirse a cuanto tiene que ver con el sexo (noción ésta, repetimos, que ha logrado cimentarse como «natural», dada o insoslayable en las conciencias, las progresistas incluidas), pero también se ha dado una suerte de apropiación o de re-apropiación del género por parte de las grandes narrativas de la normalidad política (a fin de cuentas, recordemos el origen del término en los protocolos médicos de reasignación heterosexual de los cuerpos ambiguos, individuos errados en la natural serie). Scott recuerda la increíble polémica en el seno de Naciones Unidas a propósito del correcto significado de «género» en el marco de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing, China, en 1995: la insistencia de los representantes de países tan diversos como Guatemala, Paraguay y el Vaticano en interpretar el concepto de género como dual: sólo género femenino y/o género masculino, en referencia a hombres y mujeres, con un basamento estricto en la «identidad biológica sexual» (Vaticano dixit), la del varón y la hembra de toda la vida¹⁴... Hay géneros, en plural, diría el discurso reapropiador, pero sólo dos, y en armoniosa complementación mutua (esto es, quedaría implícita y exorcizada la herejía, científica, de la

¹² *Ibidem*.

¹³ Joan Wallach Scott, «El género: una categoría útil para el análisis histórico», *op. cit.*, p. 23.

¹⁴ Cfr. Joan Wallach Scott, «Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?», *op. cit.*, p. 97.

homosexualidad y de sus pseudo-géneros). En el límite, y como acabó suscribiéndose en el informe final de Beijing, se trataría de un término inocuo, una especie de sinónimo o equivalente para la voz «mujeres», voz acallada desde siempre, se dirá, y a la que el género, sus estudios y reivindicaciones, vendría a hacer justicia, a devolverle el lugar que de suyo le correspondería. Todo lo demás, y estamos en la actualidad periodística, política y televisiva habituados a esta advertencia, caería en el error de lo *ideológico*, el tristemente célebre sintagma de la perversa «ideología de género».

La historia de las mujeres y el género como concepto crítico

Que los estudios históricos, que incluso la llamada historia de las mujeres, no permanece ajena al problema de la desactivación crítica, política, del concepto de género es una de las preocupaciones constantes de Scott. Es cierto que, al día de hoy, existe una importante y abundante literatura sobre la historia social de las mujeres, literatura cada vez más atenta a las diferencias, a las distinciones, a las particularidades. Más allá de los clásicos relatos de «recuperación» de mujeres sobresalientes en su momento pero opacadas en la historiografía por sus coetáneos varones (y pensaríamos en las repetidas nóminas de las «grandes mujeres» que suelen estar presentes en los seminarios académicos que se reclaman de género, nóminas en las que invariablemente encontraremos en sucesión lineal a Hipatia, Christine de Pizan, Olympe de Gouges, Mary Wollstonecraft, Marie Curie o Evita Perón, por no situar más que unos pocos nombres propios, cada uno representativo de un crucial «papel en la Historia»), hay multitud de estudios que tienen en cuenta la multiplicidad vital cotidiana de las poblaciones, la diversidad de clases, geografías, tiempos, creencias, culturas, que se centran en las mujeres obreras o campesinas, turcas o portuguesas, luteranas o sintoístas... pero siempre (y Scott sigue en su obra las críticas abiertas en los ochenta por Denise Riley) con esas «mujeres» como telón de fondo real (como se dice que es real el sexo femenino), inalterable y pasivo sobre cuyos cuerpos constantes danzan infinidad de descripciones finas, eruditas y volátiles, concepciones cambiantes de género afirmadas en el trabajo historiográfico sobre

una base biológica incuestionada:

Paradójicamente, la historia de las mujeres ha mantenido a las «mujeres» fuera de la historia. Y el resultado es que «las mujeres» *como un fenómeno natural* se reinscribe, aun cuando afirmamos que ellas se construyen discursivamente. Para decirlo de otra manera, la pareja binaria sexo/género continúa en su lugar a pesar de una generación de trabajo académico encaminado a desconstruir esa oposición. (Como ya lo mencioné, la desconstrucción insistió en que el sexo, como el género, tenía que ser comprendido como un sistema de significado atribuido; ni el sexo ni el género eran producto de la naturaleza, sino de la cultura. El sexo no era un fenómeno transparente; adquiriría su estatus natural de modo retrospectivo, como justificación para la asignación de roles de género.)¹⁵

Se nos dirá —y mucho más desde la perspectiva de la historiografía feminista— que lo anterior no supone ninguna novedad. Y es cierto que desde el momento en que se puso el acento en la historicidad del sexo (a partir del fundamental ensayo de Thomas Laqueur *Making Sex*, aparecido en 1990) sabemos que no existen categorías naturales como las de «macho» y «hembra», por lo que el género ya no es pensado como el «contenido» cambiante de ese «continente» inmutable que sería el sexo¹⁶, sino como una herramienta crítica que suspende lo «archisabido»: el (supuesto) hecho de que *hay dos sexos*. Con todo, ¿por qué siguen sonando tan actuales las palabras de Joan W. Scott de mediados de los años ochenta?, ¿por qué resuena en nuestros oídos como algo aún más actual, revolucionario incluso, su simple insistir en aquellas palabras de hace un cuarto de siglo, en su interrogativo artículo de 2010? En parte también, ya hemos hecho referencia a la diversa serie de «fracasos» que han acompañado en ese tiempo la deriva del género, su desactivación, su domesticación, su normalización o incluso su extravío, en el uso popular tanto como en el de la política profesional, por no hablar del propio trabajo historiográfico. Ya hemos señalado igualmente que Scott no es permanece ajena ni en silencio ante todo esto.

Antes al contrario. En 1986 nuestra autora reclamaba, en consonancia con un concepto de género no reducible ni justificador de la diferencia sexual, no neutral ni normalizador a la postre sino crítico (modo teórico obvio del compromiso político),

¹⁵ Joan Wallach Scott, «Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?», *op. cit.*, p. 98. La cursiva nos pertenece.

¹⁶ Cfr. Elsa Dorlin, *op. cit.*, p. 37.

una nueva forma de hacer historia, muy diferente a un simple deseo de *completar* la historia, por más que esto implicase la necesidad de que la profesión y la ciencia histórica se apartasen momentáneamente un trecho de su habitual querencia por la descripción para aproximarse un tanto también a la teoría¹⁷, necesaria para dar el paso necesario desde la bienintencionada afirmación de la «falta» que por justicia y por simple sentido objetivo de cubrir científicamente un campo en su totalidad hay que repletar, dando voz, rescatando cuerpos, funciones, anécdotas o historias, devolviendo su lugar olvidado o lisa y llanamente expoliado a las «mujeres», sujeto al fin equiparado en igualdad de fuerzas e importancia al *otro* sujeto, en realidad y «hasta ahora» el sujeto único, el de siempre, los «hombres», saltando sobre todo esto —decimos— para dar el paso a un modo muy distinto de entender la historia tanto como el problema: hacer hincapié no ya en la «falta», del tipo que sea, sino en las formulaciones que han servido como «aparatos de verificación» (por decirlo en una línea que recorrería el velo tirando de él desde Foucault hasta Preciado, desde el estudio de las «epistemes» hasta las apuestas bárbaras¹⁸ de las «somatopolíticas») para justificar unas prácticas de gobierno determinadas por medio de diversas técnicas del cuerpo. Y aquí, el «género» ya no sería un sinónimo de las «mujeres», entre otras benignas posibilidades de normalización y regreso bajo otros ropajes del viejo discurso binario (ciencia y política de consuno como siempre, verdad y poder en *remake* edulcorado), sino una imprescindible categoría de análisis crítico, con un evidente efecto político y epistemológico, por descontado. Postestructuralismo, lingüística y psicoanálisis conformarán según Scott el trípode de la teoría que ha de obrar en el quehacer histórico para lograr no sólo una «historia de las mujeres», sino un análisis (histórico) a secas. O como afirma la propia Joan W. Scott, con ecos de Butler y Derrida:

En este caso [el de una labor historiográfica feminista a partir de ese conjunto diverso de procedimientos literarios y filosóficos a menudo agrupados bajo la etiqueta postestructuralista] se pasa de hacer hincapié en la comprobación de la oposición binaria masculino frente a femenino a preguntarse cómo se ha establecido dicha oposición; de suponer una identidad preexistente en las «mujeres» a investigar los procesos de su construcción; de atribuir un significado inherente a categorías como

¹⁷ Cfr. Joan Wallach Scott, «El género: una categoría útil para el análisis histórico», *op. cit.*, p. 26.

¹⁸ Entiéndase como sinónimo del más galicista «formidables», aunque sin exclusividad interpretativa.

«hombre» y «mujer» a analizar cómo se afianza su significado. Este análisis considera la significación como su objeto propio y examina las prácticas y contextos en los que se producen los significados de la diferencia sexual. Se sirve a menudo de la teoría psicoanalítica (en especial, la lectura lacaniana de Freud) para debatir la complejidad e inestabilidad de cualquier identificación del sujeto. Masculinidad y feminidad se consideran posiciones subjetivas, no circunscritas necesariamente a los machos o hembras biológicos.¹⁹

Sólo bajo estas adscripciones de paso seguirá siendo el género, puntualiza Scott, una categoría útil para el análisis, sea histórico o de cualquier otro tipo. Sólo si la palabra, el término, cuyo catastrófico declive normalizador ya hemos apuntado en la cultura popular tanto como en la (re)apropiación política y científica, viene acompañado de un necesario «uso crítico» del mismo.

El género será así una herramienta y no una socialmente correctísima invocación a vaya usted a saber qué significados ni qué connotaciones. Incluso en «historia de las mujeres». No hay —no se da, no es real— una esencia de lo que sea (sea lo que sea) eso que denominamos «mujer», como tampoco la hay de su aristotélico par especular «hombre». Por tanto, no hay una ontología previa que dé sentido y sujetos estables a nuestras historias, sino que sólo hay —existen, poseen realidad— «iteraciones sucesivas de una palabra que no tiene un referente fijo y por tanto no significa siempre lo mismo»²⁰.

En este sentido, por ir concluyendo nuestras mínimas notas, la tarea necesaria a llevar a cabo en la propia historia de las mujeres consiste en problematizar la diferencia sexual misma, algo en lo que Scott también coincidiría con teóricas del postfeminismo (o tercera generación feminista, o teoría queer, o como queramos llamarlo) como la ya mencionada a lo largo del presente ensayo Beatriz Preciado. Problematizar la diferencia de los sexos sería de hecho una tarea precisa para liberar el concepto de género de todas sus apropiaciones neutralizadoras, a fin de que pueda llevar a cabo el trabajo crítico²¹ para el que, a

¹⁹ Joan Wallach Scott, «Historia de las mujeres», en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, trad. de José Luis Gil Aristu, Alianza Universidad, Madrid, 1996, p. 82. No es de extrañar que Scott inicie su contribución a la compilación de Burke con una cita de Jacques Derrida (perteneciente al seminario «Women in the Beehive», transcrito en *Subjects/Objects* en la primavera de 1984) que es también una invocación a la desconstrucción.

²⁰ Joan Wallach Scott, «Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?», *op. cit.*, p. 99.

²¹ Cfr. *ibídem*, p. 100.

fin de cuentas, fue tomado, apropiado o sencillamente arrancado por el feminismo de finales de los años sesenta de los campos de la sociología, la psicología o la medicina intersexual (a la postre, más cercana esta última al conocimiento de que «naturalmente» no hay sólo dos sexos, pese a su delirio recomponedor del binarismo).

Sólo así, en fin, la historia de las mujeres dejará no sólo de ocupar un lugar entre deferentemente consentido y secundario en la comunidad científica historiográfica²², cuyos intereses dominantes (a imagen y semejanza de los que predominan en las sociedades a que la ciencia sirve) nada tienen a menudo que temer frente a aquellos estudios, sino que recuperará la orientación política para la que fue pensada, pues su verdadero potencial subversivo, su carácter de amenaza²³ consiste precisamente en la radicalidad de los cambios que la tarea crítica del género puede llevar consigo a la hora de redefinir «la mujer», definiendo de otro modo al «hombre» que la excluye: todo un riesgo rizomático y de consecuencias imprevisibles para la historia establecida y la sociedad que hace con ella injerto.

²² Cfr. Joan Wallach Scott, «Historia de las mujeres», en Peter Burke (ed.), op. cit., p. 87.

²³ Cfr. ibídem, p. 83.